

GENEALOGÍA DE LA GLOBALIZACIÓN

Gonçal Mayos¹

Para el Dr. José Luiz Borges Horta con sumo aprecio.

Resum: Avui la globalització és més o menys potent segons l'aspecte que considerem. Estem molt globalitzats en el tecnològic i econòmic, però poc en el cultural i gairebé res en el polític i social. Cal humanitzar la globalització i fer que el conjunt de la humanitat "se n'apoderi", ja que és simplement un producte humà. La humanitat sempre ha estat mínimament globalitzada i per això, malgrat la diversitat geogràfica, continua sent una única espècie. Abans però la globalització gairebé no era perceptible. En canvi, amb la Modernitat, s'ha evidenciat la seva importància, per exemple amb violents efectes com la colonització i l'imperialisme. Europa i després Occident van liderar aquesta globalització, però avui la seva hegemonia sembla disminuir. Per comprendre-hi el seu paper i encarar el futur, és important que Occident sigui conscient de la genealogia de la globalització.

Paraules clau: globalització, empudgement, genealogia, colonització, imperialisme

Resumen: La globalización es más o menos potente según el aspecto considerado. Estamos muy globalizados en lo tecnológico y económico, pero poco en lo cultural y casi nada en lo político y social. Es necesario humanizar la globalización y que el conjunto de la humanidad se "empodere" de ella, consciente que es simplemente un producto humano. La humanidad siempre ha estado mínimamente globalizada y por ello, a pesar de la diversidad geográfica, continua siendo una única especie. Pero la globalización casi no era perceptible. En cambio, con la Modernidad, se ha evidenciado su importancia, por ejemplo con violentos efectos como la colonización y el imperialismo. Europa y después Occidente lideraron esa globalización. Pero hoy su hegemonía parece disminuir. Para comprender su papel

¹ Profesor Titular de Filosofía en la UB y Consultor de la UOC. Web universitaria personal: www.ub.edu/histofilosofia/gmayos, y blog: MacroFILOSOFIA.

en ella y encarar su futuro, es importante que Occidente sea consciente de la genealogía de la globalización.

Palabras clave: globalización, empoderamiento, genealogía, colonización, imperialismo.

Abstract: Globalization is more or less powerful depending on the aspects under consideration. We are more globalized in the areas of technology and economy, but not so much in the cultural field and almost not at all in the political and social fields. It has become necessary to humanize globalization and to empower the whole humankind over this phenomenon, aware that it is only a human product. The humankind has always been global, at least to some extent, and therefore, despite its geographical diversity, it still remains as a single species. But globalization was almost imperceptible for a long time. However, with the raise of Modernity, its importance has become evident, for example with its violent effects in the form of colonization and imperialism. Europe, and later the West, played the leading role in that globalization. But today its hegemony seems to be declining. To understand its own role in globalization and face its future, it is important for the West to become aware of the genealogy of globalization.

Keywords: globalization, empowerment, genealogy, colonization, imperialism.

¿Somos globales?

Actualmente, el debate alrededor de la globalización ha desplazado el hegemónico de las últimas décadas: la posmodernidad. Parece que el único consenso claro sobre la sociedad “posmoderna” es que —sea lo que sea— seguro que es “global” o “globalizada”. De la famosa condición posmoderna parece que el consenso mínimo común que hoy por hoy ha quedado es precisamente la “globalización”.

Sin embargo, tampoco aquí las cosas son tan claras. Primeramente porque en muchos aspectos la globalización tiene un origen o una genealogía muy antigua. Comenzaremos con una definición. La globalización es un complejo proceso de

larga duración que evidencia la comunicación e interdependencia de todo el planeta Tierra².

En la actualidad, la globalización se manifiesta en una gran cantidad de aspectos, si bien no van al mismo ritmo. Así la globalización económica (especialmente la financiera), la tecnológica (especialmente en la comunicación), en el turismo y en los riesgos epidémicos³ y medioambientales han logrado un desarrollo mucho más grande que la cultural, civilizatoria, en el conocimiento o en la circulación laboral de la población. Ahora bien, incluso estas últimas se han avanzado a la globalización social, política, en los derechos civiles o en la calidad de vida (donde hay que reconocer que la globalización lograda es muy limitada).

Por ello en la actualidad, nadie duda de la práctica imposición en todas partes de un mismo modelo económico y tecnológico; también todo el mundo lamenta la carencia de globalización en el conocimiento humano o teme la creciente uniformización global de las culturas y civilizaciones. Mucho más ambivalente suele ser la reacción respecto a la circulación laboral de la población y ante los nuevos riesgos medioambientales, pero muy pocos dudan del impacto que tiene en ello la creciente globalización. Por contra, prácticamente todo el mundo considera todavía un ideal utópico la necesaria convergencia global en lo social, político, en los derechos y en la calidad de vida.

Como hemos visto hay una gran diversidad de ritmos y de impactos efectivos dentro de la globalización. Precisamente porque el desarrollo logrado en cada uno de sus aspectos es incomparable con el de los otros, tenemos que especificar y

² Por eso a menudo se usa el término “mundialización”. Pero nosotros —a pesar de que se pueden hacer algunas interesantes matizaciones— consideraremos aquí los dos términos como sinónimos y preferiremos usar la palabra de origen anglosajón “globalización” más que no la de origen francófono “mundialización”.

³ Un claro ejemplo de los riesgos de la globalización para la salud es la rápida extensión del virus del sida en todo el mundo. Pero hay parecidos antecedentes históricos, como la famosa “peste negra” de mediados del siglo XIV. Tanto la extensión del sida como de la “peste negra” sólo han sido posibles por los crecientes procesos de globalización. En el siglo XIV la peste fue llevada por los primeros barcos (en concreto por las ratas que los habitaban) que de manera directa o casi directa enlazaban los puertos mediterráneos (Venecia, Génova, Barcelona, Valencia...) con los del Extremo Oriente (donde apareció la enfermedad). No nos tiene que extrañar que, actualmente, el sida haya viajado tanto en las primeras clases de los aviones como en las peores condiciones de la inmigración ilegal.

matizar en cada caso a cuál nos referimos. Además las reacciones provocadas ante cada uno de los aspectos suele ser muy diferente.

Prácticamente nadie parece manifestarse en contra de la deseabilidad de que la calidad de vida (por ejemplo: sanidad, escolarización...) lograda por los países más avanzados se extendiera también a los países más pobres. Ahora bien, como que esta globalización va mucho más retrasada respecto a la financiera, económica, tecnológica y de riesgos epidémicos y medioambientales, normalmente se la olvida y se destacan —en cambio— los otros aspectos negativos o peligrosos de la globalización.

Por ello, los nuevos movimientos sociales que son críticos a estos aspectos (a pesar de que puedan defender otros como el mencionado) son denominados simplemente como “altermundistas” o “antiglobalización”. Es fácil entenderlo, pues es indiscutible que hoy en día los efectos negativos de la globalización parecen haberse avanzado a los positivos (que también son muy importantes) y —sobre todo— son más visibles para el conjunto de la población.

Como muy bien percibió Zygmunt Bauman (2003: 81), tendemos a hablar de globalización refiriéndonos “ante todo, a los efectos globales, claramente indeseados e imprevistos”. Vemos en la globalización un destino que nos ha “caído” encima y que tenemos que cargar en contra de nuestra voluntad, y no como algo que hacemos entre todos, que es el resultado de nuestra acción colectiva en el mundo y que es uno de los efectos más importantes de la historia humana. Ciertamente, la globalización nos da miedo y nos desorienta porque —a pesar de que la hemos hecho entre todos— todavía “No tenemos ni sabemos a ciencia cierta cómo obtener los medios para planificar e instrumentar acciones globalmente.” (Bauman, 2003: 81)

Humanizar y “empoderarse” de la humana globalización

Por razones que expondremos concisamente en este artículo, hay que dejar de ver la globalización como algo ajeno, impuesto, no-humano e incontrolable. Muy al contrario, hay que ver la globalización como uno de los efectos más generales de la acción humana sobre el mundo, como algo que nosotros hemos hecho y que por lo tanto —de alguna manera— hemos querido (aunque sea inconscientemente). La globalización es algo humano (nada más que humano, diría Nietzsche) y, por lo tanto, si nosotros hemos hecho la globalización, nosotros también la podemos

cambiar, dirigir o controlar de alguna manera. Somos los humanos —como especie y como “sistema-mundo”— los que hemos hecho la actual globalización; por lo tanto también somos nosotros los que la podemos transformar, redirigir o —al menos— humanizar en sus efectos.

Como se suele decir y es muy probable, la globalización ha venido para quedarse y los costes de volver a épocas de menor globalización podrían ser inmensos. Ahora bien, quizás todavía más altos pueden de ser los costes de dejar que la globalización acontezca ingobernablemente, que crezca sin auténtica ni consciente guía humana, que aumente desproporcionadamente en unos aspectos (como hemos visto) mientras que en otros permanezca prácticamente inexistente.

Por lo tanto y en definitiva: hay que redirigir conscientemente esa obra conjunta de la humanidad que es la globalización, hay que humanizarla, hacerla menos agresiva con las personas que la viven y adaptarla a las necesidades humanas. Por ello es necesario que la humanidad en conjunto se empodere conscientemente de la globalización que hasta ahora ha construido con total inconsciencia.

Seguramente es éste un proyecto que tiene mucho de aspiración utópica, pero también es sin duda una necesidad ineludible. La globalización actual ha llegado a un nivel tan grande que ya no podemos simplemente dejar que se desarrolle sin guía e inconscientemente —como hasta ahora—, sino que necesitamos conducirla de forma consciente y prevenir sus efectos racionalmente.

La globalización es un fenómeno muy antiguo (Osterhammel & Petersson, 2005 y Steger 2003) cuyos orígenes se remontan mucho en la historia. Así, Steger (2003: 20) dedica un capítulo al “período prehistórico” que cifra entre los 10.000 y los 3.500 años a.C. Ahora bien, sin duda la actual globalización ha cambiado profundamente su naturaleza. Hemos entrado en un estadio de acelerado cambio, de contactos continuos y prácticamente instantáneos; hemos entrado en el que podemos denominar la “turboglobalización”.

Por eso desaparecen aceleradamente los límites que —hasta hace poco— todavía mantenían amplias zonas del mundo relativamente autónomas o independientes de las otras. La actual globalización ha hecho las tradicionales fronteras geográficas mucho menos importantes y estancas; similarmente sucede con las fronteras políticas de los Estados-nación, mientras que las económicas son en muchos casos prácticamente ineficaces. Ciertamente no han desaparecido del todo, pero su impacto y capacidad efectiva de filtrar se ha reducido enormemente.

La acelerada “turboglobalización” va paralela de lo que podemos denominar una “globalización monádica”⁴, ya que prácticamente carece de distinciones o diferenciaciones internas. Está conformada por un único sistema o un sólo mundo en el que las distancias han desaparecido totalmente. La globalización actual no se limita a conectar y a mediar entre subsistemas o “mundos” en gran medida independientes y con voluntad y capacidad autocrática. Con la velocidad de las modernas tecnologías de la comunicación y la información (Tics), el mundo se ha convertido virtualmente en una “mónada” única. Internet encarna el ideal de McLuhan (1989) de la “aldea global” o “Global Village” y, todavía más, de una globalización monádica.

Por otra parte, a pesar de la virtualidad monádica que internet le configura, la sociedad actual mantiene múltiples realidades cruelmente escindidas y encadenadas a servidumbres atávicas de condiciones locales, sociales y políticas todavía aisladas, cerradas sobre sí, fosilizadas en sus dinámicas internas... En definitiva, nos hemos globalizado, pero no necesariamente en lo que queríamos globalizarnos. Paradójicamente estamos en un desagradable punto intermedio: nos hemos ultraglobalizado en algunos aspectos quizás no demasiado importantes, pero en cambio continuamos muy poco globalizados (hipoglobalizados) en los más necesarios, vitales y humanamente importantes.

Para reconducir la actual paradójica e intermedia situación, es necesario que el conjunto de la humanidad se empodere conscientemente de este poderoso y complejo proceso que es la globalización. Se tienen que encontrar los mecanismos para que la globalización no fracase precisamente en los retos y aspectos donde es más necesaria la convergencia de la humanidad: calidad y expectativas de vida, los efectivos derechos civiles y políticos de la población, la extensión del conocimiento y la capacitación vital o social...

⁴ Hemos creado el neologismo “globalización monádica” para indicar que la velocidad de los actuales TICs están generando un mundo donde la distancia interna virtualmente ha desaparecido (al menos en las comunicaciones telemáticas). Nos remitimos al uso del término “mónada” (del griego “monádos”: “unidad”) que lleva a cabo el filósofo y matemático racionalista Gottfried Wilhelm Leibniz. Éste consideraba las “mónadas” como las “unidades últimas” o “átomos no-materiales ni extensos” de la realidad, y las caracterizaba por no tener extensión, grosor ni haber distancia tanto dentro de ellas como entre ellas. La actual “globalización monádica” tendría también esa característica porque virtualmente habría hecho desaparecer la distancia comunicativa entre los conectados a Internet.

En definitiva, es necesario decidir, con conocimiento de causa, cuándo y en qué seguir el camino de la total y monádica globalización uniformizadora, incluso si hay que aceptar algo del llamado “pensamiento único” que va emergiendo en las últimas décadas. Ahora bien también tiene que ser posible decidir cuándo y en qué mantener una globalización “archipiélago” que respete (siempre interconectada creativamente) la riqueza cultural y civilizatoria humana en la línea del “diálogo de civilizaciones” y evitando el “choque civilizatorio” predicho por Huntington.

Una especie, una globalización

La globalización ha sido una realidad muy antigua para la humanidad. En cierto sentido, y como veremos, la globalización forma parte de la misma condición humana, por la simple razón que sin ella no hablaríamos de humanidad en singular. La humanidad continúa siendo una única especie que, a pesar de pequeñas diferencias (las que han dado lugar al terrible error histórico que magnifica el racismo) configura una unidad genética. El ADN y el genoma humano —cuya reciente decodificación así lo atestigua— mantienen una unidad que sólo ha sido posible gracias a una mínimamente constante globalización a lo largo de toda la historia humana.

Las leyes de la evolución darwiniana concluyen que, si algún grupo humano hubiera sobrevivido a largo plazo completamente separado del resto, habría configurado otra especie humana diferente de la única actualmente existente⁵. Ya Darwin (por ejemplo en sus estudios en el archipiélago de las Galápagos) analizó como el aislamiento, incluso en islas muy cercanas, da lugar en relativamente poco tiempo a especies diversificadas y endémicas. Ello no se ha dado en la humanidad, a pesar de que seguramente es la especie que más entornos ecológicos diversos ha colonizado de forma permanente. Ningún pueblo hoy superviviente no se ha convertido en una especie humana diferenciada del resto, poniendo de manifiesto que —a pesar de las dificultades— no ha sido realmente una isla totalmente separada del resto de la humanidad.

La humanidad ha conquistado (es un aspecto también de la globalización) la práctica totalidad de los entornos y ámbitos ecológicos de la Tierra; pero no ha dejado de ser una única y misma especie: la humanidad. Dado que las

⁵ Los científicos reconocen unánimemente que las llamadas “razas” humanas son en realidad pequeñas variaciones (genéticamente casi inapreciables) en una única especie.

oportunidades de diferenciación específica han sido múltiples por esa enorme diversificación geográfica y ecológica, la única explicación de la unidad filogenética humana es que, a pesar de las dificultades de comunicación y la diversidad o lejanía de los hábitats, de alguna manera los grupos consiguieron relacionarse e intercambiar los genes con el resto de la humanidad, manteniendo así una única especie.

Globalización a pesar de la diversidad

También se manifiesta una lenta, imperceptible —y a menudo muy indirecta— globalización en la sorprendente coincidencia temporal (en términos de procesos de este tipo que son de muy larga duración) del desarrollo de la agricultura y la domesticación de los animales. Así pues, hay una significativa coincidencia temporal en las dos alejadas regiones donde primero aparecerá la agricultura: en el Creciente fértil (hace unos 10.000 años) y en el norte de la China actual (hace unos 9.500 años); mientras que en el continente americano las primeras sociedades agrícolas sedentarias aparecen más tarde (hace unos 5.500 años en México), precisamente por estar separado del resto por océanos y el gélido estrecho de Bering (Marks, 2007: 4). Como vemos, se trata de unos períodos de tiempo bastante cercanos para procesos de esta naturaleza, indicando que (incluso si, como parece, fueron descubrimientos independientes) la especie humana estaba bastante sincronizada (seguramente por otros contactos esporádicos e indirectos⁶) para coincidir notablemente en el inicio de lo que el famoso historiador y arqueólogo Gordon Childe (1954 y 1876) denominó la “revolución neolítica”.

Además, es indiscutible que a partir de unos pocos puntos independientes —un máximo de 4 o 5, según Jared Diamond (2006: 112 y ss.)—, tanto la agricultura como la domesticación de los animales se extendieron por todo el planeta, en otro claro ejemplo de globalización prehistórica. Precisamente gracias a esa primitiva globalización, los diversos pueblos y sociedades van ingresando en la historia a medida que se sedentarizan, que devienen agrícolas, que aprenden a domesticar animales, que generan las primeras especializaciones y diferenciaciones sociales,

⁶ Acostumbrados a la velocidad de las comunicaciones actuales, no podemos comprender la eficacia y alcance de procesos de comunicación mucho más lentos e indirectas como los mencionados. Pero cómo dicen Asa Briggs y Peter Burke (2002: 13) en otro contexto: “En aquellos días, las comunicaciones no eran inmediatas, pero ya llegaban a todos los rincones del mundo conocido.”

que desarrollan la escritura y que construyen los primeros Estados⁷. No se nos escapan las muchas excepciones de pueblos cazadores-recogedores, que no conocen la agricultura y que han llegado al presente; pero el amable lector no podrá negar tampoco la gran crueldad con que la globalización los ha tratado, hasta llevarlos al límite de la extinción.

Tanto si consideramos los aspectos más positivos como los más negativos, hay importantes signos de una secular globalización en la especie humana, que ha mantenido su unidad genética y, a pesar de la enorme diversidad, una relativa coherencia general en algunos procesos de largo alcance. Los historiadores William y John R. McNeill (2004) destacan que la humanidad ha sido siempre una especie globalizada, si bien los contactos a gran distancia eran muy esporádicos, normalmente indirectos y solían realizarse al ritmo de las lentas migraciones a pie y con relativamente largas explotaciones de los territorios ocupados durante la migración.

Hay que reconocer que bajo la imperceptible y muy básica globalización que hemos apuntado, no sólo la inmensa “mayoría de las interacciones comerciales, culturales y militares se realizaban dentro de las civilizaciones” (Huntington, 2005: 60), sino que se hacían básicamente dentro de muy reducidas regiones y poblaciones. A pesar de ello, se vivía en un relativo aislamiento, pues era roto por lentos, esporádicos, inconscientes e indirectos “encuentros” (según expresión de Huntington, 2005: 58).

Ello impedía que la humanidad pudiera percibir la globalización que, a pesar de todo, la marcaba profundamente. Además, se añadía que el imaginario o la visión del conjunto del mundo eran muy fragmentarios y limitados, cuando no prácticamente imposibles, puesto que nadie por entonces podía tener una composición de conjunto del mundo entero. La de entonces era una globalización que no se podía percibir como tal.

⁷ El antropólogo y filósofo Ernst Gellner (1994) denomina “agraria” este largo periodo hasta la industrialización. Por su parte, el rumano nacionalizado norteamericano, Mihai Nadin (Chordá y Nadin, 2010: 39 y ss.) denomina “lineal” esta etapa de la humanidad.

Globalización imperceptible

La percepción “macro” y globalmente terráquea que hoy es tan evidente para todo el mundo que se conecta a la *www* (“World Wide Web” o red global mundial), fue prácticamente imposible hasta el final de la época de los grandes descubrimientos geográficos y, sobre todo, hasta la aparición de los trenes y barcos a vapor. Por ello hay que destacar la fabulación y el reto que planteaba Julio Verne con su novela *La vuelta en el mundo en ochenta días* ¡en una fecha tan tardía como es 1873!⁸ La hoy relativamente banal vuelta al mundo que hacen ajetreadamente miles de turistas (además normalmente en un par de semanas) ¡parecía mítica e imposible en la corta duración de 80 días incluso en el cuarto tercio del siglo XIX!

Sin duda en la actualidad, continuamos siendo mayoría los que no hemos hecho físicamente la vuelta en el mundo, pero el amable lector coincidirá en qué muchos la hemos hecho infinidad de veces de forma virtual. Enviando y recibiendo *emails*; navegante y haciendo consultas por Internet; comprando libros a través de *Amazon* o haciendo pagos internacionales a través de *Pal Pay*; comprando y vendiendo acciones de multinacionales o varios enseres a través de las subastas de *Ebay*, etc. Aún más la hemos dado si tenemos en cuenta nuestra infinidad de contactos personales con gente de todas partes o a los viajes (turísticos, de estudios, de negocios...) que, en conjunto, pueden sumar más que la distancia de la vuelta al mundo.

Ahora bien, hasta entonces, la globalización era imperceptible a pesar de que su impacto ya fuera bastante poderoso. Además se oponía a su reconocimiento la crónica tendencia humana a construir una imagen etnocéntrica del mundo, a menudo obviando las dependencias del extranjero, que —además— por su carácter indirecto eran poco perceptibles. Por eso costó tanto percibir eficazmente la llamada “red del mundo antiguo” que, según los estudiosos, se constituyó poco

⁸ Hay que tener en cuenta que, dentro del atrevimiento del viaje planteado por Verne, se incluía que era realizado prácticamente todo él en transporte público de pasajeros. Es decir, era un “veloz” viaje alrededor de la Tierra ya posible para todo el mundo (para un turista, podríamos decir), y no sólo para unos aventureros muy aguerridos, audaces y dotados de medios extraordinarios. Hay que recordar que el suspense y las trabas para el cumplimiento del plazo de 80 días de viaje surgen sobre todo de un saboteador y no tanto por las dificultades intrínsecas del viaje. Desde esta perspectiva podemos valorar el atrevimiento de la hipótesis explorada por Verne, el cual significativamente sólo concibió esta novela después de imaginar otros viajes aparentemente más impensables, fabulosos y utópicos como *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865) y *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869-70).

antes de nuestra era y que vinculaba las tres grandes civilizaciones del viejo mundo: india, china y grecorromana (McNeill 2004: 91).

El etnocentrismo y la imperceptibilidad de muchos elementos de globalización colaboraban a que fuera muy fragmentaria y limitada la cosmovisión o plasmación simbólico-espacial de “su” mundo, que inevitablemente todas las culturas han tenido. Por ello nunca reflejaban una imagen completa de la Tierra ni el nivel de globalización inconscientemente logrado en su época. Así es conocido que la antigua cosmovisión egipcia imaginaba el mundo como una especie de plato cruzado por el Nilo, el río madre de toda fertilidad y de toda vida. Durante siglos la visión del mundo del Europa cristiana era muy poco más que las orillas del Mediterráneo.

La antigua China siempre se imaginó a sí misma como el mundo o, al menos, la gran parte central del mundo, por eso se llamaba a sí misma “el Imperio del medio”. De aquí el error (en 1793 y para sorpresa de Adam Smith) del emperador Qianlong cuando contestó al rey británico George III rechazando comerciar con un pequeño país “aislado del mundo por las inmensidades de los mares”, considerando que los chinos “disponían de todo lo que necesitaban”. No pudo prever que aquel pequeño país (ciertamente con otras potencias occidentales) podía cruzar los mares con suficientes cañones como para exigirles bases y condiciones para su comercio, para vencerlos en las famosas dos guerras “del opio” y, finalmente, para imponerles gobiernos títeres.

Pero el papel chino en la globalización no empezó con su sumisión a las potencias extranjeras. A pesar de su tradicional aislacionismo, el Imperio Chino había despertado la admiración y la codicia de Occidente, ya antes de Marco Polo. Por entonces estaba ya conectado por la famosa “ruta de la seda” y, en el siglo XIV, era el punto central de una globalización comercial policéntrica y con varios sistemas regionales que alcanzaba prácticamente todo el “viejo mundo” euro-afro-asiático (Marks, 2007: 56 y ss.). Durante el reinado del emperador Yung Lo (1402-24) se organizó la más formidable armada anterior al siglo XX capitaneada por el almirante Zhen He (Levathes, 1994, y Jay, 2002: 91 y ss.). Llegó a tener hasta 300 barcos —algunos los más grandes de la historia— y 30.000 hombres de tripulación. Entre 1405 y 1433 realizaron siete grandes viajes hasta Australia, el mar Rojo y Madagascar.

Sorprendentemente o, quizás no tanto, teniendo en cuenta la secular política aislacionista y anticomercial de las élites confucianas del imperio Chino, los emperadores Hsuan Te (1425-35) y Chen T’ung (1435-49) cortaron totalmente

esta política “protoimperialista”. De este modo, las “carracas” o barcos portugueses (y los posteriores holandeses, ingleses o franceses) encontraron bastante expedito su camino comercial y colonizador por el océano Índico y el mar de la China. En definitiva el imperialismo europeo pudo así consolidar más fácilmente el moderno modelo de globalización bajo hegemonía occidental.

Ese modelo globalizador se había iniciado en el océano Atlántico con los viajes de Colón que “descubrieron” un nuevo continente: América, y los impulsados por el rey portugués denominado significativamente Henrique “el *Navegador*”. A partir de aquí, en el siglo XVI, se configuró lo que Immanuel Wallerstein (1979) denomina el moderno “sistema-mundo” que incluye la práctica totalidad de la Tierra, pero que ya había tenido antecedentes y globalizaciones previas.

Con la modernidad, la globalización se hace cruelmente perceptible

La conquista y colonización americana por parte de los europeos (ya sean ibéricos, anglosajones...) fue tradicionalmente mitificada y glorificada; si bien desde hace unas décadas se la muestra en su rostro más auténtico de violencia, dominio, exclusión y exterminio. Ahora no queremos entrar en estas cuestiones, muy conocidas ya, sino que queremos destacar la vinculación que mantienen con el fenómeno de la globalización.

En un análisis magistral Jared Diamond puso de manifiesto como la llamada “conquista” americana era consecuencia (hoy fácilmente previsible) de la puesta en contacto de los dos más grandes sistemas en que se dividía la Tierra a finales del siglo XV: el americano y el euro-afro-asiático, el nuevo-mundo y el viejo-mundo. Ya entonces la práctica totalidad de las grandes civilizaciones euroasiáticas estaban inscritas en una eficaz red, a través de la cual se transmitían los grandes descubrimientos tecnológicos⁹, especies vegetales y ganaderas, noticias e ideas de todo tipo, mercancías de gran valor... pero también enfermedades, con las subsiguientes defensas inmunitarias generadas por los supervivientes.

Robert Marks (2007: 59) destaca que efectivamente el sistema euro-afro-asiático configuraba ya en el siglo XIII una gran red global que integraba 8 zonas

⁹ Sólo hay que recordar que los grandes inventos que marcan la modernidad (como la pólvora, los cañones, la brújula magnética, el papel y la imprenta de caracteres variables) sólo serán desarrollados por europeos a partir de decisivos préstamos e influencias orientales. Naturalmente muchas veces las influencias iban en dirección contraria y, como siempre, el *feed back* acababa volviendo enriquecido a su punto de partida.

comerciales diversas y que “funcionaba sin que hubiera una fuerza central de control y dominio. [...] a pesar que] detrás de cada uno de los circuitos comerciales había un grupo predominante: los italianos en el sistema europeo, los árabes en el circuito de Oriente Medio y los chinos en el circuito de Asia oriental—, pero ninguno de esos grupos controlaba todo el sistema, [...] El mundo del siglo XIV era, pues, policéntrico: contenía varios sistemas regionales, cada uno con un ‘núcleo’ rico y densamente poblado rodeado de una periferia que proporcionaba materias primas industriales y productos agrícolas a dichos núcleos, débilmente conectados casi todos ellos a través de redes comerciales.”

No existía todavía la globalización monádica de la actualidad, ni siquiera el “sistema-mundo” que emergerá sólo después de la colonización americana y la imposición de los europeos en todos los mares. Pero ya había una importante globalización que alcanzaba a la totalidad del “viejo-mundo” (dejando de banda, quizás, la África negra). Y esta nueva red estaba bastante relacionada como para que lentamente se globalizaran los descubrimientos tecnológicos, las ideas, las enfermedades, las plantas y animales domésticos, etc. Todo ello, como veremos, dio una decisiva ventaja al viejo-mundo por encima del nuevo, cuando finalmente llegaron a chocar.

Dada la enorme superioridad lograda por el subsistema euro-afro-asiático por encima del americano tanto en complejidad, demografía, extensión, recursos¹⁰, etc. Diamond argumenta la alta previsibilidad del resultado de aquel choque. Fue facilitado por ejemplo por enfermedades importadas por los europeos como la viruela, el sarampión, la varicela... En general eran enfermedades que se habían convertido en crónicas pero superables en la infancia por los europeos, ya que estaban adaptados a ellas y disponían de defensas inmunológicas transmitidas de padres a hijos. En cambio, los indígenas americanos las desconocían y, por lo tanto, carecían totalmente de defensas inmunológicas transmitidas.

Así se explica que los poderosos ejércitos de aztecas, incas y otras civilizaciones americanas estuvieran profundamente diezmados antes, incluso, de luchar con los invasores europeos. Las enfermedades fueron más rápidas que los ejércitos y facilitaron posteriores victorias militares, las cuales —por otro lado— también

¹⁰ Entre lúcido e irónico, Diamond (2006: 16) asocia todos estos complejos elementos que marcan la superioridad del viejo mundo por encima del nuevo con la pregunta de un indígena de Nueva Guinea que lo interrogaba sobre “¿Por qué vosotros, los blancos, desarrollasteis tanto cargamento y lo trajisteis a Nueva Guinea, pero nosotros, los negros, teníamos tan poco cargamento propio?”

dependían de ventajas de los europeos generadas a lo largo de milenios: el uso del caballo, la rueda, espadas y armaduras de hierro, armas explosivas y de pólvora, tácticas militares y de estrategia, fuerte ideologización o una agresiva religiosidad mesiánica, etc.

Jared Diamond (2006: 79) muestra eficazmente la interrelación de todos estos aspectos para explicar “Como la conquista de América por Europa fue simplemente la culminación de dos trayectorias históricas largas y básicamente independientes.” Sólo así se explica que se produjera —a grandes rasgos, y en términos de Diamond (2006: 79)— “el mayor cambio demográfico de la época moderna”, “la colonización del Nuevo Mundo por los europeos y la conquista, reducción numérica o desaparición total resultantes de la mayoría de los grupos de indígenas americanos.”

Como vemos, se puede analizar este importante proceso de muy larga duración (puesto que va más allá de la primera conquista militar) en términos de las consecuencias de la globalización lograda en el siglo XV. Efectivamente, fue el nuevo nivel de globalización lo que hizo que, finalmente, entraran en contacto los dos más grandes subsistemas en que entonces se dividía la Tierra. Diamond argumenta que había tantas diferencias de magnitud entre uno y otro, que la nueva globalización sólo se podía construir sobre el predominio (durante un tiempo considerable, pero o para siempre) del entonces más poderoso (el euro-afro-asiático) por encima del americano.

Culminando —violentamente— la globalización

Hemos visto un largo y complejo proceso que incluye la aceleración de los contactos (cada vez eran menos esporádicos e indirectos) entre las distintas redes más o menos locales y su progresiva concentración en una de mundial. De hecho el nuevo sistema-mundo moderno —que teoriza Wallerstein— puede ser visto como el resultado de la globalización o conversión en una de las dos grandes redes o mundos anteriores¹¹. De su enfrentamiento surgirá una nueva red, ahora ya

¹¹ William y John McNeill (2004: 173 y ss.) distinguen entre dos períodos: el “Tejiendo la red mundial: 1450-1800” y el siguiente (2004: 239 y ss.) “Se rompen viejas cadenas y se condensa la nueva red: 1750-1914”. También David Christian (2005: 405 y ss.) titula el período: “La era moderna: un sólo mundo” y Huntington (2005) considera que a partir de finales del XV, con “el ascenso de Occidente” propiamente se inicia un nuevo período mundial que denomina “influencia” puesto que se rompe el relativo aislamiento de las civilizaciones, bajo el dominio occidental.

plenamente mundial y global, y bajo hegemonía europea, que cada vez será más directa e imperial puesto que los barcos y cañones europeos se hacen presentes físicamente en todo el mundo e imponen una verdadera red mundial, un sistema-mundo.

Fue la naturaleza de este sistema-mundo el que drenó el oro y la plata de Hispanoamérica hacia la Casa de Contratación de Sevilla, y de ésta a los banqueros genoveses o alemanes que financiaban las ruinosas campañas de los emperadores Carlos V o Felipe II. Ahora bien también tendía a drenarse hacia el Oriente Lejano, pasando por el islámico Oriente Medio, porque Europa en aquella época importaba más de lo que vendía en el mundo. Sólo a partir de la Revolución industrial, que permite rentabilizar los imperios coloniales más allá de la primera y violenta expoliación, Europa fue capaz de invertir en favor suyo los grandes flujos comerciales mundiales¹².

Dentro de una ya completa globalización, que finalmente une la red euro-afro-asiática (incluyendo el África ecuatorial que también pasa a ser colonizada por los europeos) con la americana y la austral, a los europeos les queda todavía confirmar su hegemonía mundial. Europa (cada vez más inseparable de los Estados Unidos y gracias a una acelerada industrialización) se impone a los poderosos y muy poblados territorios de la India y, sobre todo, la China. Esforzándose por evitar caer en el eurocentrismo, Marks (2007: 97) describe así aquel momento en la pugna por hegemonizar la globalización: “Desde una perspectiva global, podemos decir que a finales del siglo XVIII se enfrentan dos mundos de organización muy distinta: el sistema mundial asiático oriental, centrado en China, y el sistema mundial euroamericano, centrado en Inglaterra.”

La globalización bajo hegemonía occidental sólo culminó en tres momentos claves —ciertamente muy cercanos entre sí— en que se impuso finalmente a las tres grandes potencias que se le resistían. Por un lado, en 1857-8 cuando una gran rebelión india obliga a Gran Bretaña a tomar el control directo del India, eliminando tanto el Imperio Mogol como el gobierno de la Compañía de las Indias Orientales (en principio privada). En segundo lugar, en 1858 cuando culminan los diversos tratados impuestos al Japón por las potencias occidentales lideradas por

¹² Muchos datos —incluyendo la crisis que desde el 2008 ataca sobre todo Occidente— avisan que se están invirtiendo estos flujos favorables a Occidente (durante los últimos siglos). Ciertamente, se basaron en una superioridad militar y tecnológica industrial que parece haberse perdido en las últimas décadas, en qué inmensas potencias emergentes como la China o la India intentan seguir —y con más fuerza— los pasos del Japón, Corea y los llamados Tigres asiáticos.

el Comodoro estadounidense Matthew Perry y su armada. Finalmente la China, a la que Occidente vence en la Segunda guerra del Opio (1860), hasta el punto de ayudar al emperador chino a imponerse en la rebelión interna de los Taiping (en 1864).

Algunas de las consecuencias más terribles del imperialismo que entonces impuso Occidente son estudiadas por el historiador Mike Davis (2006), quién cuantifica los muertos en no menos de 30 millones de personas. Entre las causas destaca la enorme desestructuración de las sociedades colonizadas, las importantes sequías (1876-9, 1889-91 y 1896-1902), las nuevas reglas económicas impuestas por la globalización¹³ y la fría indiferencia de las potencias occidentales ante los sufrimientos de la población, que contrastaba con la rápida y brutal represión ante sus quejas. Fue entonces cuando la llamada “brecha del desarrollo” penetró en las ricas regiones agrícolas, pero también industriales y comerciales, de Asia.

La India había sido tradicionalmente la principal exportadora de tejidos, era “en 1700, el único gran exportador de tejidos que había en el mundo” (McNeill, 2004: 265), y “poseía la mejor industria algodonera del mundo en los siglos XVII y XVIII insuperable en cuanto a calidad, variedad y coste” (Landes, 2003: 213). “Pero en 1860 los tejedores indios ya no podían competir con los británicos, porque no tenían la energía barata ni la normalización y el control de la calidad que formaban parte del sistema de fábricas” (McNeill, 2004: 265). Así la India se convierte en importadora neta de tejidos ya antes de 1816, “en parte porque muchos estados indios fueron obligados a aceptar el comercio libre de productos textiles” (McNeill, 2004: 266-7). Como otras zonas del planeta, también la China, donde históricamente se habían construido los primeros telares de la historia humana y grandes desarrollos mecánicos, se desindustrializa por esta época y según mecanismos similares.

El resultado es una radical división económica e imperial del mundo. Por un lado, unas pocas potencias occidentales industrializadas¹⁴; por otro lado, todo el resto

¹³ Davis (2006: 23-4) destaca por ejemplo que “el mero interés imperial permitió que se llevaran a cabo grandes exportaciones de cereales a Inglaterra mientras había horribles hambrunas en la India”.

¹⁴ Osterhammel y Petersson (2005: 57 y ss.) destacan como hitos claves de la globalización entre 1750 y 1880: la hegemonía de los barcos a vapor, la apertura del Canal de Suez en 1869, el ferrocarril de costa a costa de los Estados Unidos en 1867, que hacía 1880 se podía enviar un telegrama desde Londres a cualquier lugar relativamente relevante del Imperio Británico, la “Gran depresión” que se inició en 1873 y el fin de la era del “comercio libre” entre 1846-80. A partir de

inmenso población del mundo reducida a ser fuente de materias primeras y de productos agrícolas y ganaderos. Esa globalización bajo predominio del Occidente industrializado permitió la época de máximo dominio imperialista de todos los tiempos y que duró de 1875 a 1914. Los datos macroeconómicos son absolutamente impactantes: “En 1900, un ochenta por ciento de la producción industrial mundial procedía de Europa y Estados Unidos, Japón aportaba otro diez por ciento, China contribuía con un siete por ciento e India con un dos por ciento, suma que da un total de noventa y nueve por ciento de toda la producción industrial¹⁵. Así pues, en los cien años transcurridos de 1800 a 1900, la situación se había invertido, de manera que Europa y Estados Unidos habían pasado a ocupar el lugar de honor que anteriormente habían ocupado India y China” (Marks, 2007: 200).

Reflujo de la globalización de hegemonía occidental

Como hemos visto, en la modernidad la globalización fue conducida férreamente bajo hegemonía primero europea y después occidental. Así se llegó a un dominio global del mundo por parte de Occidente sin ningún precedente en la historia. Los datos son absolutamente reveladores de la globalización imperial que analizamos: los europeos “controlaban el 35% de la tierra firme del planeta en 1800, el 67% en 1878 i el 84% en 1914. En 1920, el porcentaje llegó a ser todavía mayor, cuando el imperio otomano fue dividido entre Gran Bretaña, Francia e Italia.”¹⁶ Tiene razón Huntington (2005: 63) al concluir que “En 1910, el mundo era más unitario política y económicamente que en ningún otro momento previo de la historia humana. [...] ‘Civilización’ significaba ‘civilización occidental’.”

Ahora bien, el nivel logrado por la moderna globalización bajo hegemonía occidental no se podía mantener indefinidamente. El reflujo o redimensión de esa

1880 y hasta 1945, Osterhammel y Petersson (2005: 81 y ss.) valoran que la globalización ya es inseparable de un “Capitalismo global y crisis globales”, apareciendo auténticos “conflictos globales” (como las guerras mundiales) a partir de 1914.

¹⁵ Hay que destacar, pues, la terrible conclusión que todo el resto del mundo (que incluye toda Latinoamérica, África y Oceanía) se repartía un miserable 1% de la producción industrial mundial.

¹⁶ En estas cifras Huntington (2005: 62) no incluye entre las potencias europeas a Rusia, ni por lo tanto su enorme expansión por Siberia, en cuyo caso todavía se incrementarían más. Desde la perspectiva de Huntington (2005: 62), “Únicamente las civilizaciones rusa, japonesa y etíope, las tres regidas por autoridades imperiales sumamente centralizadas, fueron capaces de resistir el asalto de Occidente y mantener una existencia independiente significativa.”

hegemonía occidental coincidió significativamente con el retorno de los conflictos más sangrientos a territorio europeo: la Iª Guerra Mundial, la Revolución bolchevique, la expansión de los fascismos y la IIª Guerra Mundial. Recordemos que desde la Paz de Westfalia y salvando el largo período napoleónico, Europa había exportado en gran medida los conflictos entre sus grandes potencias a las colonias. La lucha por la hegemonía mundial entre la Gran Bretaña y Francia, y antes entre las mencionadas y las primeras potencias colonizadoras España, Portugal y Holanda, se había trasladado a sus colonias. Sobre todo en ellas se dirimía violentamente el reparto colonial y la hegemonía mundial, mientras que en Europa predominaba un “equilibrio” ciertamente inestable, pero mucho menos que en las colonias.

Como resultado de la Iª Guerra Mundial y la Revolución bolchevique, la Alemania unificada alrededor de Prusia y el Imperio Austro-húngaro vieron cortada y minimizada su participación en el reparto colonial del mundo. Esa frustración fue de gran importancia —entre otros factores— para que Alemania abrazara furiosamente la causa de los nuevos fascismos, como sucedió en menor grado en zonas del Imperio Austro-húngaro, en Italia y en nostálgicas viejas potencias coloniales como España y Portugal. En todo caso y para la globalización ello significó que Europa tuvo que aceptar de mala gana una nueva gran oleada de independencia de sus colonias. Y además que progresivamente quedaran flanqueadas y superadas por el nuevo colonialismo —de alineamiento más laxo, básicamente ideológico-económico y mucho más adaptado a los nuevos tiempos— de los Estados Unidos y la emergente URSS.

Un muy complejo e inestable proceso de descolonización quedó marcado porque Europa estaba enfrentada en una brutal y larga guerra civil (de la cual la española fue un sangriento episodio) que en cierto sentido ocuparía la primera mitad del siglo, y por la incorporación como potencias mundiales de los Estados Unidos y la URSS, junto con el contrapeso de todo tipo que ejercieron entre sí. En conjunto todo ello terminó por reducir considerablemente el dominio directo de Occidente sobre gran parte del mundo, si bien quizás no redujo proporcionalmente el indirecto dominio económico. Tampoco nos podemos engañar con respecto a la globalización, sólo en los aspectos coloniales se vio reducida ésta, mientras que en el financiero, económico, tecnológico, cultural, civilizatorio, epidémico y medioambiental no hizo sino crecer fuertemente.

En muchos sentidos tampoco cambió el signo general de la globalización la emergencia del bloque soviético y la dinámica de la “Guerra fría”. Detrás del

enconado debate ideológico y de la política de bloques (incluida la teoría geoestratégica “de las piezas del dominó”), la globalización continuó creciendo en casi todos sus aspectos. Hay estudiosos que consideran que lo hizo especialmente en los negativos, aunque son también muchos los que destacan la influencia moderadora sobre muchas diferencias económicas y sociales en todo el mundo que tuvo la pugna ideológica entre capitalismo y comunismo.

En todo caso, la nueva “turboglobalización” ya no pudo ser hegemonizada tan férreamente por Occidente. Como sintetiza Huntington —mostrando sin duda sus bases ideológicas—: “La geografía política global pasó desde el mundo único de 1920 hasta los tres mundos¹⁷ de los años sesenta y a la media docena larga de mundos de los noventa¹⁸. Juntamente con esto, los imperios mundiales occidentales de 1920 quedaron reducidos al mucho más limitado ‘mundo libre’ de los años sesenta (que incluía muchos Estados no occidentales opuestos al comunismo) y después al todavía más restringido ‘Occidente’ de los noventa.”¹⁹

Sin embargo, si obviamos la perspectiva occidentalista, hay que valorar esta evolución como una cierta recuperación (seguramente todavía parcial) del status quo tradicional de los grandes países, regiones y civilizaciones mundiales. Europa y Estados Unidos no pueden pretender mantener de forma permanente su gran predominio mundial económico, político ni —mucho menos— colonial del siglo XIX. La creciente globalización de alguna manera debe resituarnos relativamente dentro del contexto mundial. Es posible que la crisis posterior al 2008 sea un elemento en ese proceso de resituación. En última instancia la globalización es un complejo proceso “ciego” y que no atiende a privilegios históricos, por lo que fácilmente en unos momentos quita lo que en otros momentos ha dado (como ya avisaba Hegel a los “portadores” concretos del “espíritu universal”²⁰, es decir los que realizan la

¹⁷ Piensa en términos básicamente políticos, de alineamientos ideológicos y geoestratégicos. Son los dos bloques —capitalista y comunista— y la parte del Tercer mundo no alineada.

¹⁸ Huntington está refiriéndose a lo que denomina “civilizaciones”.

¹⁹ Huntington (2005: 66) lamenta esa reducción del bloque ideológico o civilizatorio occidental. Con ello se aproxima a la posición básica de los más conocidos *neocons* norteamericanos, si bien en otros aspectos mantiene una importante distancia (Mayos, 2009).

²⁰ Hegel con su visión totalizadora, omnicomprendiva y sistemática fue el filósofo que mejor interpretó los modernos mecanismos de globalización (aunque no usó el término). Hay que recordar que para Hegel el “espíritu universal” (*Weltgeist*) no era nada más que la dialéctica global de la historia. Por eso Hegel usa el término “Welt”: “mundo”, aquí traducible como “mundial”, “universal” o ¿por qué no? “global”.

dialéctica global de la historia). Ello se acentúa a medida que se avanza hacia la actual “turboglobalización monádica”.

Por otro lado, es cierto y representa un importante problema legado a las generaciones futuras que, como era inevitable, aquella brutal y violenta globalización hegemónica por Occidente ha dejado un persistente resentimiento en el resto del mundo. Con cierta paranoia, Huntington (2005: 62-3) lo sintetiza eficazmente: “durante cuatrocientos años, las relaciones entre civilizaciones consistieron en la subordinación de las demás sociedades a la civilización occidental. [...] gracias a] la invención de los medios de navegación oceánica para llegar hasta pueblos distantes y el desarrollo del potencial militar para conquistarlos. [...] facilitada también por la superioridad de sus tropas en organización, disciplina y entrenamiento y, más tarde, por las armas, transporte, logística y servicios médicos superiores resultantes de su liderazgo en la revolución industrial. Occidente conquistó el mundo, no por la superioridad de sus ideas, valores o religión (a los que se convirtieron pocos miembros de las otras civilizaciones), sino más bien por su superioridad en la aplicación de la violencia organizada. Los occidentales a menudo olvidan este hecho; los no occidentales, nunca.”

La manera como la humanidad y las grandes potencias sean capaces de gestionar y apaciguar ese difuso pero persistente resentimiento en contra de la moderna globalización hegemónica por Occidente, será clave para que en un futuro cercano vivamos: o bien lamentables, violentos y tristes “choques de civilizaciones”, o bien una más humana y justa “alianza de civilizaciones”. En todo caso, la globalización continuará en muchos aspectos y dependerá de nosotros que lo haga en una dirección o en otra.

Globalización: ¿unificación civilizatoria pero no igualdad social?

La globalización actual ya no es la de la industrialización y el imperialismo occidental que acabamos de apuntar. Es una globalización más multipolar, donde China se ha convertido en la segunda economía del mundo, camina para convertirse en la primera y está haciendo valer su nuevo rol a todos niveles. Por otro lado la India, Brasil, la nueva Rusia y otros grandes países se esfuerzan para convertirse en poderosas potencias mundiales. Por su parte y ahora mismo, Occidente está sufriendo más que ninguna otra zona la importante crisis iniciada en el 2008, que amenaza hacer retroceder la fuerza y bienestar logrado en los últimos siglos por los Estados Unidos y, sobre todo, Europa. Ésta

—concretamente— intenta apaciguar su evidente retroceso en influencia mundial con la lenta y difícil construcción de su unidad económica y política. Del éxito que tenga, parece depender el mantenimiento o no de su lugar actual en la globalización.

Estamos también en una “turboglobalización monádica”, postindustrial, postmoderna, basada en las más avanzadas tecnologías de la comunicación y la información, y en la sociedad del conocimiento. Es la globalización de la “sociedad red” en “la era de la información” que describe Manuel Castells (2000). Ahora, como nunca antes, la globalización se ha convertido en un fenómeno evidente para la gente. Todo el mundo se ha hecho consciente de la dependencia planetaria, de todos respecto de todos, incluyendo muchos peligros o riesgos globales. Como teoriza el sociólogo alemán Ulrich Beck (1994, y Beck, Giddens y Lash, 2008) formamos parte de una sociedad del riesgo global y estamos tomando conciencia de ello reflexivamente.

Sin embargo, y de forma inconsciente, la globalización ya tenía un importante impacto mucho antes y, precisamente por esto, la humanidad se había mantenido como una única especie. Siempre había sido mínimamente global, siempre había estado algo globalizada, aunque no lo sabía.

Por otro lado, aquella lenta, indirecta e intermitente globalización permitía que la humanidad se expresara a través de una enorme riqueza de culturas, tipos de sociedades, maneras de vivir y formas civilizatorias. Durante milenios, la diversidad humana fue muy profunda, a pesar de que progresivamente los contactos y la globalización crecían, y que muy pocas civilizaciones eran totalmente autónomas y autárquicas.

Una incipiente pero fuerte globalización intervenía intensificando los contactos, si bien —como hemos visto— muchos incluían conquistas, subordinaciones e imposiciones más o menos violentas. Por ello condujeron a la larga a una drástica reducción de la diversidad y riqueza cultural de la humanidad a lo largo de la historia. Significativamente, David Christian (2005: 175, 253 y 403) estructura la parte de la “big History” dedicada a la historia humana en tres grandes apartados caracterizados como “muchos mundos”, “pocos mundos”²¹ y “La era moderna: un sólo mundo”.

²¹ David Christian (2005: 255) sitúa la progresiva reducción de riqueza cultural y civilizatoria en un proceso iniciado con la aparición de las grandes civilizaciones, que dominan territorios bastante

Intuyendo la tendencia unificadora detrás los mecanismos históricos, son muchos los filósofos y pensadores que han afirmado que la historia humana converge hacia una unificación total²². Las pesimistas hipótesis de una tendencia histórica hacia la simplificación de la riqueza y unificación de la diversidad humanas parecen muy plausibles a partir de análisis actuales²³ como “el pensamiento único”²⁴ o la concentración de los conflictos mundiales en las “líneas de fractura” de unas pocas grandes civilizaciones (no más de 7, según Huntington).

Ya sea por imposiciones militares y coloniales, como por arraigadas tendencias políticas tanto internacionales como dentro de los propios Estados, es cierto que la historia de los últimos siglos ha comportado una importante reducción de la riqueza cultural humana que, además, se ha acentuado en las últimas décadas. Así lo constata y denuncia desde hace mucho tiempo la Unesco y otras agencias de la Naciones Unidas. Todos sus estudios y análisis ponen de manifiesto la enorme pérdida y acelerada reducción de formas de vida, culturas y lenguas que está sufriendo la humanidad.

Todavía más lamentable es que la indiscutible globalización financiera, económica, tecnológica y de los riesgos medioambientales, y la creciente reducción de la diversidad cultural y lingüística de la humanidad, no han comportado especiales mejoras en la convergencia de las poblaciones con respecto a la calidad de vida, los derechos políticos o la nivelación cognitiva. La unificación y globalización parecen ir sólo en las direcciones mencionadas, mientras que no parecen tener impacto (o éste es, incluso, negativo) con respecto a la igualdad económica, de calidad de vida

amplios donde imponen una importante unificación social y cultural que elimina totalmente muchas culturas diferenciadas.

²² Por ejemplo Herbert Marcuse lo denuncia en su famoso libro de 1968 *El Hombre unidimensional* (Barcelona, Seix Barral, 1971) y aún más pesimista se muestra Norbert Elias en su obra, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (1987, México, FCE).

²³ Ciertamente, también hay analistas más optimistas como Ulrich Beck (2005: 13) quien detecta la emergencia de un nuevo cosmopolitismo, que no niega la riqueza ni la diversidad cultural, ya que: “Estamos ante una determinación de la identidad que ha sustituido la lógica del ‘o esto o lo otro’ por la lógica del ‘no sólo, sino también’.”

²⁴ Ignacio Ramonet popularizó esta influyente advertencia en 1995 en un famoso editorial de *Le Monde Diplomatique* y la amplió en el libro *Il Pensiero Unico* (1996) que escribió con Fabio Giovannini y Giovanna Ricoveri (Mayos, 2000: 17 y ss.).

y de justicia social, donde parece que la “brecha” de las diferencias e injusticias aumenta irremisiblemente²⁵.

Tiene razón el filósofo brasileño del derecho Joaquim Carlos Salgado (2006: 262) al lamentar que la actual globalización se limite “o avanço da razão poética no mundo econômico”, olvidando prácticamente la deseable “vertente ética da justiça universal concreta”²⁶. La actual tiranía de los llamados “mercados” incluso sobre Estados enteros muestra una enorme distancia entre los distintos aspectos de la globalización en que los económicos, financieros y tecnológicos se han avanzado a años luz (donde predomina la guerra hobbesiana “de todos contra todos”) por encima del empoderamiento humano para la defensa conjunta de “lo común” (que incluye derechos y deberes, la riqueza cultural y ecológica, y el avance en la justicia social).

Ahora bien y por lo expuesto, el principal motor de la globalización no ha sido otro que la violencia, la colonización y el dominio de los poderosos sobre los débiles. Como sintetiza Jared Diamond (2006: 323, y ss.): “En los últimos 13.000 años, la tendencia predominante en la sociedad humana ha sido la sustitución de las unidades más pequeñas y menos complejas por otras más grandes y más complejas. [...] Las unidades más pequeñas no abandonan voluntariamente su soberanía y se fusionan en unidades mayores. Lo hacen únicamente mediante la conquista o bajo coacción externa.”

Similarmente valoran los McNeill (2004: 173) el inicio de la globalización moderna: “fue un proceso doloroso, a veces brutal. Desaparecieron pueblos, lenguas y religiones al tiempo que un puñado de sociedades imperiales lograban propagar su poder y su cultura a nuevas tierras. Cuando decenas de millones de

²⁵ Hay que recordar que todavía una gran parte de la población mundial no puede acceder a internet, a la alfabetización digital ni a la globalización cognitiva, a pesar de que sufren su impacto y los riesgos globales. Todavía más, las estadísticas dicen que la llamada “brecha digital” o el nuevo analfabetismo no hace sino aumentar (Mayos y Brey, 2011).

²⁶ Reclama significativamente Salgado (2006: 261) “uma justiça formal internacional a cuidar desses direitos e de um sistema de contribuição e repartição de receitas internacional, nos moldes como se desenvolve nos Estados federados avançados, a exemplo da República Federal da Alemanha (de que o modelo brasileiro é o avesso), para a realização de umma justiça distributiva de riqueza humana entre as nações, em que a dignidade humana seja o critério do mérito para sua fruição.” Agradezco al Dr. José Luiz Borges Horta que me facilitase acceder a esta muy interesante mirada iberoamericana (si bien a partir de Kant y Hegel) que complementa la indioanglosajona del nobel Amartya Sen (2010).

personas (junto con sus recursos y ecosistemas) se sumaron a lo que se estaba convirtiendo en una red mundial, el proceso de especialización del trabajo y el intercambio pasó a ser verdaderamente internacional y dio como resultado mayor riqueza, pero también mayor desigualdad [de riqueza] que nunca.”

Ciertamente, se tuvo que esperar a finales del siglo XX para poder pensar la humanidad como una “aldea global” donde prácticamente toda la humanidad (menos los “nuevos excluidos”) está continuamente interconectada en red como un nuevo virtual (pero también vital) “cordón umbilical”. Hoy no podemos sustraernos a la idea que somos una unidad inseparable que comparte todas las ventajas y todos los riesgos de nuestra sociedad: en último término del minúsculo “barco” interestelar que es el planeta Tierra dentro del cosmos. Por ello, actualmente la condición humana es inseparable de la conciencia de la globalización, de esta creciente, quizás peligrosa e insoslayable unidad que nos configura queramos o no.

Ahora bien y como hemos visto, la humanidad siempre ha vivido dentro de una cierta globalización, si bien en absoluto era consciente de ella. Ciertamente tampoco era como la actual turboglobalización monádica: tan intensa, instantánea, omnipresente, constando, de veloces y lejanos feedbacks, tan sistemática y, sobre todo: tan cotidiana, omnipresente y banal. La diferencia entre las antiguas globalizaciones y el actual está básicamente en el aumento exponencial de todos los parámetros de interacción: velocidad, cantidad, calidad, intensidad, lejanía, sistematicidad, seguridad, constancia, omnipresencia...

Ese incremento exponencial —a pesar de ser aparentemente sólo cuantitativo— provoca un “salto cualitativo” (como decía una ley dialéctica marxista). A pesar de que nos acompaña desde hace milenios, la globalización actual se ha transformado tan profundamente que no podemos saber las consecuencias a medio plazo. La globalización es todavía un proceso abierto, en crecimiento exponencial y absolutamente impredecible. Pero parece que en el futuro, tal como lo ha sido hasta ahora, la globalización será clave en la evolución de la humanidad y de la condición humana.

Bibliografía citada

- Bauman, Z. (2003): *La globalización. Consecuencias humanas*. FCE, México.
- Beck, U. (1994): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós, Barcelona.
- Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. (2008): *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza, Madrid.
- Beck, U. (2005): *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*. Paidós, Barcelona.
- Briggs, A. y Burke, P. (2002): *De Gutenberg en internet. Una historia social de los medios de comunicación*. Taurus, Madrid.
- Castells, M. (2000): *The Information Age: Economy, Society, and Culture*. Blackwell Publishers, Oxford (GB) – Cambridge (USA).
- Chordá, F. (2010): *Vivir es cambiar. Lenguaje, historia y anticipación. Con el ensayo La ciencia del cambio*, de Mihai Nadin. Anthopos, Barcelona.
- Christian, D. (2005): *Mapas del tiempo. Introducción a la "gran historia"*. Crítica, Barcelona.
- Davis, M. (2006): *Los holocaustos de la era victoriana tardía*. Universitat de València.
- Gellner, E. (1994): *El arado, la espada y lo libro. La estructura de la historia humana*. Península, Barcelona.
- Diamond, J. (2006): *Armas, gérmenes y acero*. Debate, Barcelona.
- Gordon Childe, V. (1954): *Los Orígenes de la civilización*. FCE, México.
- Gordon Childe, V. (1976): *Nacimiento de las civilizaciones orientales*. Península, Barcelona.
- Landes, D. (2003): *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Crítica, Barcelona.
- Levathes, L. (1994): *When China ruled the seas. The treasure fleet of the Dragon Throne 1405-1433*. New York, Simon & Schuster.

- Jay, P. (2002): *La riqueza del hombre. Una historia económica de la humanidad*. Crítica, Barcelona.
- Huntington, S.P. (2005): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós. Barcelona.
- Marks, R.B. (2007): *Los orígenes del mundo moderno. Una nueva visión*. Crítica, Barcelona.
- Mayos, G. (2009): "Mort Huntington; què restarà del 'Clash of civilitations'?" en R. Alcoberro, P. Fibla, M. Serra, A. Llorca et alt. *Filòsofs a cel obert*, (pp. 215-252). La Busca. Barcelona.
- Mayos, G. (2000): "Genealogia i crítica del pensament únic" en M. Crus, G. Mayos, M. Doltra, A. Blanco et alt. *Globalització - Pensament únic* (pp.17-40). La Busca Edicions, Barcelona.
- Mayos, G. y Brey, G. (eds.) (2011): *La sociedad de la ignorancia*, Península, Barcelona.
- McLuhan, M. y Powers, B.R. (1989): *The Global village. Transformations in world life and media in the 21st century*, Oxford University Press, New York & Oxford.
- McNeill, J.R. y McNeill, W.H. (2004): *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Crítica, Barcelona.
- Osterhammel, J. & Petersson, N.P. (2005): *Globalization a short history*. Princeton University Press
- Ramonet, I. (1995, 1 de enero): "La pensée unique", editorial de *Le Monde Diplomatique*. París.
- Salgado, J.C. (2006): *A Idéia de Justiça no Mundo Contemporâneo. Fundamentação e aplicação do direito como maximum ético*, Editora Del Rey, Belo Horizonte.
- Sen, A. (2010): *Idea de Justicia*. Taurus, Madrid.
- Steger, M.B. (2003): *Globalization: A Very Short Introduction*. Oxford University Press, Oxford.
- Wallerstein, I. (1979): *El Moderno sistema mundial*. Siglo XXI, Madrid.